

LA FE RELIGIOSA: UN COMPROMISO ECONOMICO

(A PROPOSITO DE EL EVANGELIO EN
SOLENTINAME, DE ERNESTO CARDENAL)

ANTIDIO CABAL

Ninguna religión está dotada, tan excepcionalmente como la cristiana, de la virtud de una fe menos ontológica y más terrenista en su acto de nacimiento. Una fe más de los vivos que de los muertos, más de los que existen deshumanizados en necesidad de ser humanizados que de quienes aguardan ser resucitados. Pero esta 'raíz' humana del sentimiento y del pensamiento no ha sido utilizada nunca en su valor de uso, para el que indicativamente fue destinada por Cristo. En el camino de su expansión perdió su carga primera de materialidad histórica al entrar en contacto con el pensamiento sistemático griego, ante todo con la parte más elaborada teóricamente de éste, que le impuso como lo angular de su destino histórico el destino extrahistórico de la ontología y el destino extrasocial de las tres leyes del pensamiento. Por esta cirugía intelectual, tan querida de nuestro Occidente racionalista-irracionalis-

ta, la fe, lanzada por Cristo como una actividad política integral contra la clase económicamente negativa, fue instituida como una facultad espiritualoide encargada de ratificar sin cesar que la categoría máxima de su función es atestiguar como validez universal indubitable de lo real, un principio abstracto que todavía no está dado como entidad reconocible en su determinación, Dios.

Aislada del hábitat económico-social, que constituye la totalidad de su identidad, la fe cristiana ha venido teniendo su tráfico en el valor de cambio que usufructúa y diseña la clase contra la que nació; comportándose artificialmente respecto de su naturaleza histórica, por no haberse alistado en la lucha de clases —que la instaura—; y mostrándose tráfuga de su proposición popular. Transmutada así, legalizada por la filosofía del derecho de la clase dominante, sentimentalizada y logiquizada por la universalidad de la cultura de los dueños, finalmente con su cosmético imperialista, la fe cristiana figura en la estantería de los valores de todos los tiempos como una realidad y un símbolo trágicos y cursis, como el más alto trofeo de la conciencia teórica, como una traición civilizadora.

La fe es la creencia en 'algo' haciendo que exista ese 'algo' en que se cree. Luego, la fe resulta ser la causa de un cierto obrar y a su vez este cierto obrar resulta ser la causa de la fe. El incesante producto progresivo de esta relación tiene que ir siendo crecientemente la verdadera construcción o construcción del mundo positivo, que es la construcción de la relación positiva de los hombres entre sí; mientras esto se construye, se construye un resultado creciente, ese 'algo' en que se cree, Dios; al mismo tiempo y en igual medida en que va siendo construida la fe. No se puede nombrar la fe sin nombrar el obrar. La fe es una práctica, una praxis, tanto como la praxis es una fe. Y la praxis es la del mundo como está hacia la praxis del mundo como debe ir estando. Aquí es donde la divinidad tiene su empuñadura.

Tener fe es que a partir del conocimiento de la situación real de algo como algo no del todo real, se procede a que ese algo sea llevado a ser un todo verdaderamente real. El algo implicado es el mundo como Cristo lo juzgó, el algo injusto, el "Mi reino no es de este mundo", sinónimo de "Mi reino no es de este algo". Significa que del hecho de saber que el mundo es irreal porque no es justo —como se diagnostica, sin altibajos, en el Viejo y Nuevo Testamentos—, debe procederse a hacerlo real o justo. Este hacer es el obrar de la fe, el trabajo de la fe, la divinidad de la fe. La divinidad de la fe es el obrar de la fe en el mundo, el mundo como la finalidad de la consecución de la justicia social. La construcción de la *Civitas Dei* es una inflexión de la construcción de la *Civitas hominis*: la conciencia teórica declinada por la conciencia de los sentidos, para que la conciencia teórica tenga sentido. Cristo lo dijo, volvemos a usar su tesis: "—Tu es Petrus, et super hanc petram ego aedificabo ecclesiam meam"^{*}. Está dado que la piedra concreto valor terreno, social,

* "—Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi iglesia",

constituye la conciencia de los sentidos, sobre la que Cristo edificará su mundo, el mundo justo. Sobre esta piedra, que es este mundo, él promete levantar su mundo. Y su mundo teórico es ese mundo que habrá de venir, la futura construcción o superedificación, el mundo justo, hecho sobre piedra. Piedra: hombres. *Tú eres piedra, tú eres hombre, tú eres socialidad: en este mundo pondré mi justicia. Ese es el otro mundo, mi justicia.*

Sostenemos implícitamente dos cosas: que la religión cristiana tiene como religión la teoría y la práctica del mundo, y que en esto consiste su trascendencia; y dos, que tener fe es tener obrar en cuanto tener obrar es tener amor, pues se obra para justicia. Por la primera cosa, el cristianismo debe relacionarse con la física social; por la segunda cosa, el cristiano se obliga a procurar llevar al punto continuamente más alto de la espiral del movimiento del obrar, la perfección de esa física social, de acuerdo con la cualidad-cantidad de la justicia. En última instancia, tener fe es crear la justicia en términos concretos, sensibles: la operación histórica no ha de estar dirigida a hacer justo a Dios, que por definición —por definición abstracta— es justo; ha de estar dirigida a hacer justo el mundo: transformar el mundo injusto en mundo justo, convertir este mundo, a partir de este mundo, de esta piedra, en otro mundo, en otra piedra.

Es hora, pues, de que los cristianos rescaten la fe. La fe no es creer en una trascendencia que está hecha, sino en una trascendencia que debe ser hecha. La fe es un creer cuya esencia es una estancia, convertir lo futuro en un presente. Equivale a decir que la fe no es creer en la justicia, sino hacer la justicia. De modo que la justicia no entraña una contemplación ni se plasma en acceso intelectual a una cosmovisión ni se liga a la esperanza unívoca consiguiente y, como acto, el traslado mecánico o la impresión en otro de una huella de tal contemplación de la justicia, huella siempre discontinua y abstracta —la justicia discontinua y abstracta—, que deja siempre al otro viviendo en una injusticia continua. La justicia es una praxis, la transformación de los injusticiados en justiciados.

Aquí se hace presente la limosna, como el ser concreto del hacer de la fe. De acuerdo con el obrar tradicional de ésta, cuando yo le doy una limosna a alguien, lo contemplo, porque mi acto-limosna perpetúa la fijación social del pobre, no la diluye, no lo hace desaparecer como pobre. Y lo que yo tengo que hacer es sacar al otro de su pobreza, transformarlo de pobre en no pobre para siempre, y para ello estoy obligado no a dar una parte de lo que yo soy, sino todo lo que yo soy, salir de mí mismo socialmente completamente hacia el otro socialmente completamente, sólo así lo transformo y me transformo, nada más que así instituyo el mundo positivo, la humanidad positiva, la divinidad positiva. El auténtico obrar de la fe radica en que la fe sea una acción transformadora y nunca un acto contemplador.

De ello, tener fe original pide una actividad transformadora en que lo que primero se transforma es la fe misma, por tratarse de una consecuencia práctica de algo que existe para ser acabado de hacer, lo que incluye la fe.

Asimismo, la fe no ha de definirse como la soledad de dos en compañía, de dos que ya están hechos como cosas quietas (Dios y yo), antes bien, como la simultaneidad de todos en creer que debe ser hecho por todos lo que todos necesitan, la socialización de la justicia, la justificación de la socialidad.

Una fe solamente en mí, solipsística, no es otra cosa que un solipsismo en mí, donde yo soy exactamente ese solipsismo. La conciencia de uno solo no es conciencia y la conciencia de dos es un espejo. No se puede tener fe a solas ni fe a solas con el Otro (Dios) ni fe a solas con otro (el pobre), porque caigo de lleno en la finitud, en juzgar por bueno que la pasividad de la actividad aislada de la parte equivale a la actividad de la pasividad del todo.

Tener fe es un hacer de la cadencia del nosotros-con-de-desde-en-para-nosotros. Tal el contenido y la metodología de la buena nueva que comunica Cristo. Así, tener fe no significa tener fe en la fe; exige llevar a cabo la realización plena de la socialidad del mundo, el uso justo de la materialidad histórica. Porque de otro modo se aceptaría que el mundo fue creado hasta su plenitud de un modo contra derecho y sin remedio, *sin salvación humana posible*, únicamente con salvación inhumana posible; y que entonces la empresa de Cristo viene a ser la empresa, a partes iguales, de un iluso y de un ignorante, y él el mago de una ética de bienes que coloca los bienes de los hombres fuera del escenario de los hombres y fuera del hacer de los hombres como sujetos del hacer de la fe. Los hombres se reducirían a ser las únicas criaturas incapaces de realizar su totalidad en sí mismos por sí mismos entre sí mismos; en consecuencia, inferiores a los leones y a los cisnes, a la higuera y a la hierbabuena, ya que les resultaría negada la facultad práctica de autoestablecer su dignidad. Pues si Cristo vino a salvar a los hombres poniendo la salvación fuera de la acción de los propios hombres en los propios hombres, habría venido a reconocer la incapacidad de éstos como tales y la imposibilidad de que se autogestaran práctico-teóricamente su consecución histórica integral. Además de que se revelaría un error teleológico en el pensamiento y en la voluntad de Dios, que habría creado originalmente incompletos a los hombres, impedidos de identificarse consigo mismos y con sus hechos, hombres desvinculados de su autodeterminación como existentes. La venida histórica de Cristo transustanciada en la venida antihistórica de Cristo.

Por lo tanto, tener fe pone acabar de hacer bien el mundo. Es la proposición correcta de la fe en su forma original: el Dios que resucita a los muertos (Romano 4,17) y el Dios que llena "de bienes a los hambrientos y a los ricos" los despide "sin nada" (Lucas 1,53) es uno y el mismo Dios: los muertos resucitados son los hambrientos transformados definitivamente en no hambrientos y, también, los muertos resucitados son los ricos salvados de sus riquezas (las clases dominantes salvadas de su dominio), expropiados de su falso terrenismo, porque ningún terrenismo tiene que ser más grande que las necesidades del estómago y las necesidades del pensamiento de un hombre. Los cristianos saben que donde hay riqueza no hay fe y que donde hay fe no hay riqueza y que donde hay pobres hay riqueza y que donde hay ricos hay pobreza (la lexicografía es transmutable a otras equivalencias semánticas contemporáneas, para quien quiera servirse en cope intelectual sutilezas cultura-

les). Sin embargo, los cristianos deben saber que saber no basta, basta la acción, que es la diferenciadora real. Resucitar a alguien es hacerle perder la pobreza, o hacerle perder la riqueza mediante la praxis de la acción revolucionaria de la fe. Resucitar es pasar de pobre a hombre, de rico a hombre, de división de los hombres según la división del trabajo a la no división de los hombres según la no división del trabajo. La división del trabajo es la división de la fe.

La nueva teología ha descubierto -no ha inventado- que en su fase actual la creación se encuentra a cargo de los hombres, que la totalidad atraviesa su período social, de lo que se sigue que la realización del mundo fluye de una realidad que el mundo puede dar de sí, a causa de contenerla como su devenir. Sin duda, esta es la básica información de Cristo. El mundo concuerda estrictamente con su estricta socialidad estrictamente. La fe está instalada en esta socialidad; entonces, los cristianos han de purgarla de ontologías y de axiomas catequísticos y situarla en el análisis del modo de producción capitalista, en el análisis del modo de producción de los ricos, que lo primero que producen son pobres. Cristo hizo la crítica judicial y Marx ha hecho la crítica ejecutiva y además ha dado el método. Los dos coinciden en el diagnóstico; los dos afirman que el mundo tiene salvación en el mundo mismo; los dos declaran que la enfermedad es económica; los dos acuerdan que la práctica, la piedra es lo fundamental; los dos convergen en demostrar que la esperanza pasa por los hechos; de manera que las diferencias entre ambos son inesenciales por lo que respecta al mundo, y donde son esenciales no está el mundo. Ningún hombre con fe está más allá del campo de los *Grundrisse*, de los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, por ser el campo donde la fe tiene que actuar. Cristianos y marxistas aceptan que el problema se presenta como un cuerpo necesitado de justicia y no como una justicia necesitada de cuerpo: el cuerpo es lo que hay, incluso, lo único habiente; otrosí, y unos y otros aceptan y saben que la justicia no es un principio sentimental. La necesidad es el principio.

Hemos venido diciendo que tener fe es hacer, es obrar, y que obrar es obrar con el fin de que de un modo socialmente permanente todos los hombres satisfagan sus necesidades (o bien, sus apetitos) materiales y espirituales, la primera de ellas la satisfacción de la necesidad de ser hombre, o bien, del apetito de ser hombre.

El Viejo Testamento habla del mispát; el Nuevo Testamento habla del amor, de la caridad. Mispát es justicia, derecho en el sentido presentista del mundo, la paz por la igualdad, como algo que debe existir universal y necesariamente entre los hombres, debiendo ser eso los hombres. Todo el Viejo Testamento reitera el mispát, lo ordena, lo manda, lo ratifica una y otra vez como un principio invencible, a la manera como es principio invencible del agua el principio del H₂O. Yavé insiste en ello, lo proclama sin descanso. Yavé se muestra unicelular, su única célula es la justicia, el mispát. Pero en el Viejo Testamento el mispát, la justicia, es una idea, un valor, una teoría y el mismo tiempo un deseo, una ansiedad, un desvelo, un nómeno de Yavé. De su parte, todo el Nuevo Testamento reitera el amor o la caridad como una te-

sis para la acción, como una plataforma de trabajo, como un hecho para producir hechos superiores. Es la justicia en estado de praxis, en estado de guerra, en estado de violencia.

Porque el amor o la caridad que quiere Cristo no se constriñe a una cualidad mediante la que yo me reconozco como prójimo, próximo o vecino (histórico) de todos los hombres según el expediente de guardar con ellos la relación de dar cuando alguno o algunos de ellos necesite algo de lo que yo poseo, como si se aceptara por parte de Cristo que cuanto yo poseo es mío y le doy al otro o a los otros de lo que es mío; esto no: sino de que yo le estoy dando al otro o a los otros de lo que es suyo y sin embargo yo lo tengo como de mi propiedad y de mi propiedad; y no obstante, yo no puedo ni lo debo poseer nunca como de mi propiedad. Y también porque yo tengo que proceder de manera tal que nunca nadie haya de pedir por carecer de lo suyo, sino que tengo que comportarme de manera de procurar, en la medida de la entrega y participación de mi ser completo, que no pueda ocurrirle eso jamás a nadie. Por ende, el amor no se revela como un sentimiento, ni se pone como un acto compasivo por el que yo me uno a otros accidentalmente, circunstancialmente, accesoriamente, provisionalmente, de vez en cuando, sino *siempre*, y no por mis sentimientos, sino por mis hechos, y no por algunos hechos, sino por todos los hechos, y por todos los hechos concretos, de orden idéntico al orden de la satisfacción de las necesidades de los otros. Tener fe es obrar y obrar es amar y amar es actuar socialmente en función de la ciencia que pide que a cada cual según sus necesidades.

Una prueba sin réplica se fija en el hecho de que cumplir con el Decálogo no basta, si el cumplimiento se atiene a la gestión formal o moral. No bastarán la simpatía intelectual, el fervor teórico, la explosión emocional, la concordancia subjetiva entre el cristiano y la ley, y la derivación aplicativa en un acto como efecto. Nunca bastará pensar la ley, hablar la ley, *efectuar* la ley, en fin, legalizar la ley. Sí causar la ley, causándola en los hechos. Los hechos trascendiendo en ley, y no la ley trascendiendo en hechos. No bastarán las intenciones racionales, los esmeros psicológicos, el cultivo cultural de los valores del bien, de la política y de la antropología, la pureza del alma y la asepsia psicosomática de la conducta, ningún apriorismo. Nada de esto vale, todo es ideología, todo eso es plusvalía. Cristiano, sólo vale esto: ¿pertenece a la clase explotada o a la clase explotadora?; si perteneces a la clase explotada, ¿luchas contra la clase explotadora?, y si perteneces a la clase explotadora, ¿luchas contra la clase explotadora? En un caso y otro, cristiano, la explotación de los hombres por los hombres, ¿no lo sientes como una explotación de la fe por la fe? Tienes que corregir la fe, si quieres tener fe; salvar a la fe de la fe, salvar a la fe del fetichismo de la fe, de eso consistente en creer que la fe no sólo es la mayor mercancía del mundo, sino el mundo mismo: lo que lleva a lo que ha llevado siempre, a la división de Dios en clases, o a la división de clases según Dios, a la división de la realidad según la irrealidad, porque es irreal que Dios se divida en dos partes desiguales prácticas de injusticia, si, de acuerdo con su razón, los hombres lo existen. Y si esto no ha ocurrido y ocurre pese a la necesidad del pensamiento y de la voluntad de Dios, Dios ha de ser restañado, lo que pide primero, como se ve, restañar a

los hombres. De modo, cristiano, que tu campo de batalla total se delimita aquí, la batalla eres tú como acción, tú te identificas con esa acción de instauración infinita de la infinita o dialéctica realización de los hombres, de cuanto tú resultas coextensivo. Esa acción instauradora de la esencia justa de los hombres es una acción *crucial* o política, porque la cruz fue el paredón de Jesús, condenado a muerte por haber ordenado el paso del mispát al amor, de la contemplación a la transformación, de los preparativos declarativos a la praxis, del proceso hegeliano de Dios al proceso marxista de Dios; por haber declarado la subversión contra la injusta distribución de las riquezas.

¿Tu fe es subversiva o antisubversiva? ¿Cumples los diez mandamientos subjetivamente u objetivamente, esto es, míticamente o económicamente?

A través de la crítica subversiva de la sociedad es como el cristiano puede entrar a la crítica de la fe. Hay una crítica subversiva cristiana de la sociedad que debiera bastarle al cristiano para sentirse obligado a hacer una crítica subversiva de la fe. Sospechar acerca de si la fe como una institución espiritual pasiva no es la práctica de un mito espiritual activo; sospechar acerca de si la fe es algo más que la fe en la fe, valor del alma repudiador del 'cuerpo', pero que carece de valor si no está en el 'cuerpo', sospechar de si la fe como virtud teologal no es lo teologal normado como virtud: lo abstracto, lo vacío legalizado como lo concreto, lo que vendría a ser, en conclusión, la anulación del mispát y del amor; sospechar de si la fe sirve al hombre o el hombre sirve a la fe, y aclararlo.

Despejar esas sospechas y algunas más colocará al cristianismo en el camino de la transformación del mundo según la crítica de Cristo y de la transformación de Cristo según la transformación del mundo. Doble transformación que se precipitará en cuanto el cristianismo haya rescatado la fe como una actividad del amor, cuya esencia exige obrar en igualdad con la debida justicia social. De ningún otro modo cesará el fetichismo de la fe, el valor de cambio de la fe, y de ningún otro modo se conseguirá incorporar la fe como una dirección de las ciencias sociales. Y permitirá a los cristianos entrar en la historia, en la que la Iglesia no ha realizado otra cosa que una cristología de filosofía primera, y no de sociología primera, para lo cual fue instituida como piedra, tierra. Entonces palabras vacías como limosna o peyorativas como caridad o sin semántica como cruz o inútiles como Cristo no serán palabras vergonzantes que corresponden a ideas vergonzantes y, por eso, a actos vergonzosos, por ser unas y otros contra los hombres, contra la socialización de Dios sub sangre.

Los cristianos deben de una vez por todas hacer la limosna total, la caridad total, que no es otra que la revolución. Esta es la única caridad, esta es la única limosna a la que Cristo obliga, pues Cristo obliga a hacer otro mundo, el otro mundo. Quitar éste totalmente, poner el otro totalmente. Orar hacia afuera, no hacia dentro, eso es la revolución. Hacer la revolución es dar de comer para siempre a los hambrientos y dar de beber para siempre a los sedientos y sanar para siempre a los enfermos y desenriquecer para siempre a los enriquecidos y crucificar para siempre a los cristianos.

Hay, pues, que ponerse en marcha. Que el cristianismo empiece a usar la metodología cristiana de Santiago:

¡Oigan esto, clase dominante!

Lloren y griten por las desgracias que van a sufrir ustedes.

Sus riquezas están podridas, y sus finas ropas están comidas por las polilla.

Su oro y su plata están oxidados, y esto mismo será una prueba contra ustedes y destruirá como fuego su propia carne.

Han amontonado riquezas en estos días que son los últimos.

El pago que ustedes no les dieron a los hombres que trabajaron en su cosecha, está reclamando contra ustedes;

Y el Señor de los Ejércitos ha oído la reclamación de esos trabajadores.

Aquí en la tierra ustedes se han dado una vida de lujo y de placeres, engordando como ganado; y ya llega el día de la matanza.

Ustedes han condenado y matado a los inocentes, sin que ellos se resistieran.

Únicamente llevando a la práctica tal método, que es simultáneamente un programa de trabajo, será construido el otro mundo de que habla Cristo, que tendrá la siguiente realidad, según esta crónica del futuro redactada por Isaías (32,15-17):

Cuando se derrame sobre nosotros el espíritu de lo alto,

el desierto será un vergel y el vergel parecerá bosque:

en el desierto morará la justicia (mispát) y en el vergel habitará el derecho (sedagah), la obra de la justicia será la paz,

efecto de la justicia la seguridad y confianza para siempre.

Si quieres ser cristiano para siempre, haz la revolución para siempre.

Caracas, martes 22 de junio de 1967.